

¿A quién buscas, María Magdalena?

María Magdalena, testigo principal, fue encargada por Jesús para anunciar su resurrección a los apóstoles.

Por: P. Martirián Marbán

Aquella noche no pude conciliar el sueño. Tenía clavada en mi mente y sobre todo en mi corazón la mirada de aquel hombre y ninguna fantasía habitual en mí, me resultaba adecuada. Acurrucada al lado de mi madre en aquel lecho de piedras y hierba seca daba vueltas y vueltas sin poder dormir. Éramos sólo ella y yo pues mi padre hacía tiempo que había perecido ahogado en el lago. Una corriente traicionera volcó su débil barquita, se enredó en las redes y se fue al fondo de nuestro mar.

Magdala estaba a orillas del lago y por eso muchos pobladores vivíamos de la pesca y los salazones*. Yo ayudaba a nuestra escasa economía vendiendo pescado fresco o en salazón. Gente de los campos venían a comprar a orillas del lago.

Aquel día yo había visto a un grupo de hombres que acababan de desembarcar. Como vi a algunas mujeres con ellos me acerqué con la esperanza de que les interesara la mercancía que llevaba en la cesta. Además, había un buen grupo de varones.

Siendo relativamente joven y bonita, lo digo sin orgullo, casi siempre atraía las miradas de los varones, cosa que yo aprovechaba para que me compraran. Carente de afecto paterno, algunos se aprovecharon de mí pero no vayan a pensar que era una prostituta, no, lo que yo tenía era una sed de amor que nadie me llenaba. Como les decía, aquel día del mes de Septiembre -miren cómo me acuerdo- el que parecía dar órdenes al grupo mandó que me compraran todo. Un tal Judas me pagó, aunque tuve que discutir con él algunos centavos. En estos movimientos levanté mis ojos que se encontraron de frente con aquel hombre. Era Jesús, el de Nazaret. Algo había oído hablar de él, pero no lo conocía.

¡Qué mirada! Imposible describir su pureza, su bondad, su ternura, su compasión, su misericordia.

¿De cuántos hombres no había sido yo objeto de sus ojos, puro objeto, pues me veían desamparada, con mi mente confusa y ansiosa de afecto? Pero esta mirada era distinta, no sólo porque me cautivó sino porque era



limpia, sin egoísmo, sin pedirme nada a cambio. No pude sostenerla. Sentí miedo, luego confusión, fascinación y, finalmente, cariño e inmenso amor.

Casi me quedé paralizada. Al verme en este estado, María, su madre me dijo: “Si quieres, puedes venir con nosotras, así conocerás mejor a mi hijo, Jesús”. No pude responder nada. En mi mente se agolpaban demasiadas confusiones y las emociones me descontrolaban. Por primera vez me sentía de verdad amada, intuía que mi sed de amor se iría saciando y hasta mi mente comenzaba a aclararse.

Salí corriendo hacia la casa. Mi madre se puso muy contenta al ver que había vendido todo el pescado en pocas horas, pero yo no era la misma.

A la mañana siguiente me levanté temprano con el pretexto de ir al puerto a buscar pescado fresco, aunque olvidé la cesta. Ya Jesús y sus amigos estaban hablando con los pescadores que recién llegaban de faenar toda la noche. Tomé la iniciativa de hablar con las mujeres y ofrecerme a ayudarlas, pero mi objetivo era conocer mejor a aquel hombre y sus enseñanzas que me habían trastornado el corazón, me había liberado de mi pasado y aclarado mis confusiones mentales, que había saciado mi sed de amor con sólo una mirada.

En los siguientes días, poco a poco me fui acercando a Jesús, el me permitió ser su discípula y lo comprendí de tal forma que lo seguí hasta el Calvario y asistí

medio desmayada acompañando a María, su madre, a la crucifixión y a su horrenda muerte.

En el fondo de mi ser había una esperanza, un rayito de luz, una chispita en medio de tanta oscuridad: “Esto no puede terminar así. El Padre del que tanto nos habló Jesús tendrá que intervenir de alguna forma”.

Mientras embalsamábamos el cuerpo, cruzando la mirada con María noté que en medio de su dolor tenía la misma confianza.



Y efectivamente se dio mi encuentro con el Resucitado. Fue una experiencia única y no hay palabras. Por eso Pedro y los demás apóstoles no me creyeron hasta que ellos experimentaron esa misma presencia del Señor Resucitado. Años más tarde, los evangelistas trataron de hacer comprender a sus lectores esta singular vivencia. Creyentes de Jesús del siglo XXI, si yo, siendo mujer tuve esta experiencia fue porque mi corazón estaba lleno de amor de Jesús y por Jesús, y le seguí hasta el final. Déjense llenar del amor de Jesús y lo encontrarán también hoy resucitado. Él les llenará el corazón y comprenderán su misterio de salvación en medio del mundo.

*Salazones: Acción y efecto de **salar** carnes o pescados.

Textos que hablan de María Magdalena: Lc. 8,2; Mc. 16, 9-11; Jn. 20, 11-18.

PLEGARIA AL GRAN AMOR

Señor Dios, dueño del tiempo y de la eternidad,
Tuyo es el hoy y el mañana, el pasado y el futuro
Al acabar un día más, quiero decirte GRACIAS

por todo aquello que recibí de ti.

Gracias por la vida y por el amor,
por las flores, por el aire y por el sol,
por la alegría y por el dolor,
por lo que fue posible y por lo que no fue.

Te ofrezco todo lo que hice,
el trabajo que pude realizar,
las cosas que pasaron por mis manos y
lo que con ellas pude construir.

Te presento a mi familia, a mis hijos,
los amigos de siempre, las amistades nuevas
Los antiguos amores, y al amor de mi vida.

Los que están cerca de mi,
los que pude ayudar,
y aquellos con quien compartí la vida,
el trabajo, el dolor y la alegría.

Señor, hoy te quiero pedir perdón
por el tiempo perdido,
por el dinero mal gastado,
por la palabra dura e inútil
y el amor desperdiciado.

Perdón por las obras vacías
y por el trabajo mal hecho,
perdón por vivir sin entusiasmo.

También por la oración que poco a poco
fui aplazando y que ahora vengo a presentarte,
por todos mis olvidos, descuidos y silencios.

Detengo mi vida delante del calendario
y te presento mis días,
que únicamente Tú sabes si llegaré a vivirlos.
Hoy te pido para mí, mis parientes y amigos,
la paz y la alegría, la fortaleza
y la prudencia, la lucidez y la sabiduría.

Quiero vivir cada día con optimismo y bondad,
llevando a todas partes un corazón lleno de
comprensión y paz.

Cierra mis oídos a toda falsedad
y mis labios a palabras mentirosas,
egoístas o que lastimen.

Abre mi ser a todo lo que es bueno.
Que mi espíritu sea repleto únicamente
de Tu Gracia y de Bendiciones

para que las derrame por donde quiera que pase.

Y que nuestra amistad dure para siempre,
para que todas las personas
que yo encuentre en mi camino
puedan descubrir en mí un poquito de ti.

Enséñame a repartir felicidad.

AMÉN